



CHINA COMO PATRIÓTICO DESAHOGO: USOS
DE LA ALTERIDAD EN LOS *VIAJES DEL
CHINO DAGAR-LI-KAO* DE FERNANDO
GARRIDO

Carles Prado-Fonts

Universitat Oberta de Catalunya

RESUMEN Como colofón a una trayectoria inquieta, Fernando Garrido publicó en 1880, bajo el seudónimo de El Ermitaño de las Peñuelas, la novela *Viajes del chino Dagar-Li-Kao por los países bárbaros de Europa, España, Francia, Inglaterra y otros*. Garrido, figura clave en el nacimiento del socialismo español del siglo XIX, recurre al viaje ficticio de un escritor chino por España para desplegar un dispositivo formal desde el cual lanzar una rotunda crítica a la convulsa sociedad española. Mientras en Europa se está produciendo una intensa racialización de las representaciones de lo oriental, la imagen positiva de lo chino de la que se sirve Garrido es históricamente singular, a la vez que maleable. Significante consolidado de significado inestable, en los *Viajes del chino Dagar-Li-Kao* “China” acomoda la alteridad al servicio de un “patriótico desahogo”, con España como auténtico núcleo de interés.

La alteridad como artefacto para la crítica de lo propio: así es como Fernando Garrido Tortosa (1821–1883) construye su obra *Viajes del chino*

El autor agradece los comentarios y sugerencias de David Martínez-Robles, Maialen Marín-Lacarta y el lector externo. La investigación descrita en este artículo ha sido financiada por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España en el marco del proyecto “Interacciones entre España y China en la época contemporánea: 1898–1949” (HAR2012–34823).

Dagar-Li-Kao por los países bárbaros de Europa, España, Francia, Inglaterra y otros, publicada en 1880. Con ecos evidentes de las *Cartas marruecas* de José Cadalso o las *Lettres persanes* de Montesquieu, Garrido forja una estructura narrativa basada en la mirada del Otro oriental: el Ermitaño de las Peñuelas, autor del prefacio, nos relata cómo en un viaje al Celeste Imperio aprendió la lengua china y conoció al célebre escritor Dagar-Li-Kao, quien, posteriormente, le encomendó la traducción al español de sus memorias de viaje por Europa. El relato de las peripecias de este chino en España constituye el eje central de una obra singular.

Aunque son varios los estudios que se han realizado de las interacciones económicas, artísticas y culturales entre España y China en el siglo XIX, el caso de Garrido —figura importante en el nacimiento del socialismo español que ejerció brevemente de intendente general de Hacienda en las Filipinas— y su obra *Viajes* no ha sido analizado, probablemente porque se trata de una obra periférica en la vasta producción del autor y que no encaja en ningún género claramente definido. No obstante, al examinar la relación entre relato e historia que yace tras su entramado narrativo, y que revela aspectos predominantes del discurso sobre China en la España de la época, observamos que se trata de una obra de especial relevancia. El objetivo del presente artículo es demostrar la singularidad de *Viajes* explorando el uso de China como tropo y la tensión, nunca resuelta, entre sinofilia y sinofobia. La tesis que se sostiene es que, a diferencia del discurso sinófono predominante en la Europa de la época, *Viajes* alterna una presentación positiva de China con una percepción negativa de ese país y desvela así la maleabilidad de la imagen de China en la España finisecular, una imagen dúctil y, como tal, hasta cierto punto contradictoria. Por una parte, *Viajes* se sirve de una idealización de China como contraste ante la decadencia política y colonial española del siglo XIX, cuando en Occidente se está produciendo una racialización profunda de los discursos interculturales y la sinofilia predominante en el siglo XVIII ha quedado ya muy matizada en el imaginario colectivo.¹ En este sentido, se trata de una obra singular en el contexto europeo. Por otra parte, los rasgos formales que caracterizan *Viajes* descubren el artificio de tal percepción positiva de China. En este aspecto, no deja de ser una obra acorde con la contemporaneidad europea del momento. Esta ambivalencia, en definitiva,

1. Sobre la sinofilia europea y la relación entre China y los pensadores ilustrados, véanse Raymond Dawson, Julia Ching y Willard G. Oxtoby, Colin Mackerras y Longxi Zhang.

muestra que la imagen de China en la España de la época es ya un significante consolidado, conocido y compartido socialmente, pero de significado inestable, vacío de contenido y amoldable a las contingencias y los intereses del momento. Desde la perspicacia de su estructura formal, *Viajes* se impulsa en tal indefinición y pone la imagen de la lejana China al servicio de un “patriótico desahogo” (123), con España como auténtico núcleo de interés.

Mediante este tipo de análisis de *Viajes* de Garrido, el artículo contribuye a tres discusiones académicas interrelacionadas. En primer lugar, amplía el alcance de los trabajos sobre las interacciones entre España y China en los siglos XIX y XX. La mayoría de estas obras —especialmente aquellas publicadas en España— se centran en el ámbito misional, diplomático o de viajes. Suelen tener un enfoque documental o biográfico y tratan aspectos genéricos (los textos de Manuel Bayo, José Eugenio Borao o Mercedes Ojeda, por ejemplo) o específicos de alguna personalidad de la época (Antoni Homs sobre Sinibaldo de Mas o Eufemià Fort sobre Eduard Toda, por ejemplo). Son trabajos que se caracterizan por una aproximación descriptiva, con distintos grados de exhaustividad, pero que no tienden a examinar los contactos más allá de su (innegable) interés referencial dentro del marco español.² Nuestro análisis, en cambio, aborda un tipo de interacción indirecta, en un texto de difícil catalogación —no es exactamente una pieza de literatura de viajes, ni un tratado diplomático, ni una novela, ni una autobiografía— y que no ha recibido consideración previa. Es, de hecho, la peculiaridad periférica de *Viajes* la que hace visibles convenciones socialmente aceptadas sobre la imagen de China. Así, el artículo quiere dar continuidad a un tipo de análisis del discurso sobre China en España como el realizado por Alicia Relinque en “¿Perros o demonios? China en *Historia chinesca* de Forner”. Relinque sitúa el texto de Juan Pablo Forner de 1782 en la evolución histórica desde los primeros contactos entre España y China hasta el siglo XVIII y se centra en la idea de China como alegoría o “disfraz” (96). Sus conclusiones —el uso de la imagen del país asiático para el interés personal de Forner en sus famosas polémicas con Tomás y Juan de Iriarte— son uno de los puntos

2. Cabe destacar que el ámbito de la literatura de viajes sí cuenta con un conjunto notable de trabajos de tipo interpretativo que abordan aspectos de la imagen de Asia en España y que dialogan productivamente con el contexto europeo y teórico (Lily Litvak, *Geografías y Sendero*; Gayle R. Nunley; Ai Qing). Recientemente, Joan Torres-Pou ha ampliado el alcance de estas contribuciones por medio del estudio de obras de viajeros como Luis Valera y Adolfo de Mentaberry a China o de Francisco de Reynoso y el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo a Japón.

de partida del presente análisis, que examinará el discurso sobre China un siglo más tarde, en un nuevo contexto político nacional e internacional.

En segundo lugar, el artículo participa desde un nuevo ángulo en la discusión sobre la circulación de la imagen de China en Occidente y, más concretamente, en Europa. Estudios previos sobre esta cuestión han destacado cómo en el siglo XIX la imagen de China en Europa sufrió una importante racialización. En ese momento se produce un auge de la sinofobia, que pasó a coexistir con la sinofilia que había predominado en el siglo XVIII de la mano de la *chinoiserie* y la fascinación de los ilustrados franceses. Como han expuesto varios autores, el incremento de la sinofobia se debe a una combinación de factores históricos, sociales e intelectuales de gran envergadura y complejidad. Entre otros, podemos destacar el afianzamiento del Reino Unido como potencia colonial e imperialista (Dawson 132; Goebel 112; Mackerras 42); el fracaso de la Embajada Macartney de 1793–1795 y los primeros enfrentamientos bélicos de cierta envergadura con China, que afectan la vida cotidiana de los misioneros europeos (Mackerras 45; Martin-Jones 38); el surgimiento del nacionalismo y de una concepción de raza estrechamente ligada al determinismo científico y racial (Hung 263–64); el crecimiento de la inmigración china en Europa y Estados Unidos, que desemboca en los primeros conflictos raciales de inicios de los años 1870 y en la Chinese Exclusion Act de 1882 (Spence 122–44); o la traducción social del darwinismo a una concepción del progreso que, según filósofos como Johann Gottfried Herder y Georg W. F. Hegel, excluía a China de la historia universal (Goebel; Martínez-Robles, “Western” 10). La combinación de estos factores intensifica el etnocentrismo europeo y conforma un discurso sinóforo hegemónico que, apuntalado en gran parte por las teorías de Arthur de Gobineau, cristaliza a finales de siglo en la metáfora del “peligro amarillo”.³ *Viajes* de Garrido, en cambio, muestra cómo en España, debido a un contexto histórico sin los conflictos bélicos y el volumen de inmigración china que se dieron en el resto de Europa, el discurso sobre China se construyó de un modo particular. Si bien es cierto que la idea de amenaza también circuló allí, cabe señalar que se centró en los chinos en Filipinas y se propagó desde la ambigua posición

3. La expresión “peligro amarillo” parece consolidarse a partir del cuadro de Hermann Knackfuss *Die gelbe Gefahr* [El peligro amarillo] (1895), basado en un boceto del káiser Wilhelm II. Gregory Blue apunta que el *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853–1855) de Gobineau fue clave en la cristalización del concepto (“Gobineau” 132).

política de estas islas en relación con la España del momento.⁴ El texto de Garrido no solo demuestra que a finales del siglo XIX aún se podían encontrar imágenes positivas de China, en la línea sinofílica que había predominado en Europa durante buena parte del siglo anterior, o que representaciones sinofílicas y sinofóbicas convivían sin tensión aparente, sino que —y aquí estriba la singularidad de la España finisecular— estas representaciones están al servicio de la crítica a un país en decadencia. Esta discordancia nos muestra la maleabilidad y el utilitarismo de “China” como significante en España, y también en Europa.

En tercer lugar, el análisis de *Viajes* de Garrido contribuye desde esta singularidad a la problematización del concepto de “Occidente” en el estudio de las relaciones interculturales. Los trabajos previos sobre las interacciones entre España y China, de carácter descriptivo y orientados a una reflexión de alcance local, no han aprovechado el potencial de su posicionalidad para dislocar o desnaturalizar la idea de “Occidente” desde una perspectiva propia. En este sentido, el artículo da respuesta a los trabajos que, partiendo de las relaciones entre Occidente y su periferia, plantean la necesidad de pluralizar la idea y cuestionar prácticas de representación intercultural que se dan por generalizadas pero que se desarrollan de distinto modo en los varios escenarios que engloba el término “Occidente” (Hevia; Lionnet y Shih; Sakai). Si estudios como el de Eric Hayot han empezado a demostrar que “China” desempeñó un papel relevante como elemento constitutivo de la modernidad occidental, es ahora importante desgranar el impacto diferenciado desde los distintos constituyentes de este “Occidente”.

En las próximas dos secciones se sintetizan los aspectos más relevantes de la posición de China en el contexto español del siglo XIX, así como de la trayectoria de Garrido y del argumento general de *Viajes*. No es nuestro objetivo ofrecer un extenso repaso de la biografía del autor de la novela ni de su significación política, sino situar los ejes fundamentales para el análisis de la representación de China en su obra.⁵ Luego, el artículo examina la

4. La sensación de amenaza china en España se afianzaría pocos años después de la publicación de *Viajes* de Garrido con obras como *Los chinos en Filipinas: males que se experimentan actualmente y peligros de esa creciente inmigración* (1886); *La inmigración china en Filipinas*, de Ramón Jordana y Morera (1888); *La inmigración china y japonesa en Filipinas* (1892); *Chinos. Sus reglamentos y contribuciones* (1892); *Los chinos fuera de China o el antagonismo de razas*, de Federico Ordas Avecilla (1893); o *Cuestiones filipinas, 1 parte: los chinos*, de Rafael Comenge (1894).

5. Para ello, véanse las introducciones de Jorge Maluquer y Florencia Peyrou y Manuel Pérez Ledesma a *La federación y el socialismo y La España contemporánea*, respectivamente. Véanse

construcción del discurso sobre China en *Viajes* a partir de una serie de *topoi* predominantes: secularidad, eficiencia y autenticidad. Finalmente, reflexiona sobre el desarrollo de la voz narrativa y las consecuencias que su evolución acarrea en la representación del Otro en la novela.

China en la España de Garrido

Garrido nunca pisó territorio chino. Lo más cerca que estuvo de China fue, como veremos, durante una breve estancia en Filipinas en 1873. Pero no cabe duda de que en la Europa y la España que recorrió a lo largo de su vida existía ya un amplio conocimiento de China y, como intelectual plenamente enraizado en su tiempo, Garrido fue un buen conocedor indirecto del país asiático. De hecho, cuando viaja a Filipinas, ya existe en España un estado de opinión consolidado sobre China que difiere ligeramente de la imagen predominante en la Europa del momento. En el resto del continente, los ataques corrosivos al país asiático de Daniel Defoe en la segunda parte de *Robinson Crusoe* (1719) o la visión negativa presente en los viajes de George Anson en la década de 1740 gozaron de gran popularidad a lo largo del siglo XIX. Esta literatura, juntamente con las críticas a China de filósofos como Herder y Hegel, la progresiva racialización y el resto de condicionantes históricos mencionados anteriormente, invirtieron la sinofilia predominante hasta el momento (Blue, “China” 69; Spence 71). Se gesta así “an increasingly harsh series of portrayals of Chinese scheming, danger, unreliability, and viciousness that dominated the fiction about China” durante los años finales del siglo en países como el Reino Unido, Alemania o Estados Unidos (Spence 139). En España, en cambio, la imagen del país asiático se ve marcada también por dos factores que matizan la tendencia sinofóbica europea: la triangulación que implican los chinos en Filipinas a la hora de generar un discurso sobre China y la conciencia de cambio en la sociedad española del siglo XIX. Así, en la época de Garrido y sus *Viajes*, el discurso sobre China en España se construye mediante una tipología más heterogénea de orígenes y ya no bebe tan solo de las mismas referencias sinófilas e ilustradas utilizadas por Forner y llegadas a España mayoritariamente por la vía francesa (Relinque 91–93).

también Eliseo Aja; Miguel Andúgar, “El mito” y “República”; Joaquín Beltrán Dengra; Manuel García Parody y Francisco Madrid.

La segunda mitad del siglo XIX ve aparecer obras sobre China de una cierta ambición en su contenido y alcance, como *Reseña histórica del gran imperio de China*, de Luis Prudencio Álvarez Tejero (1857), la única publicación del período 1840–1870 específica sobre China realizada en España (Martínez-Robles, “Participación” 152).⁶ Álvarez Tejero residió en Filipinas años antes de la llegada de Garrido a las islas, por lo cual es muy probable que este hubiera consultado la obra y construyera *Viajes* desde una posición similar.⁷ Si bien *Reseña histórica del gran imperio de China* incorpora contenido que ya había aparecido en textos de misioneros siglos antes, la obra de Álvarez Tejero destaca por la combinación a menudo contradictoria de tópicos y recursos representacionales de la alteridad china característicos de mediados del siglo XIX. Se puede considerar, pues, una obra que circunscribe el contexto desde el cual escribirá Garrido sus *Viajes*. En esta obra de Álvarez Tejero encontramos una China que destaca por su antigüedad, extensión y urbanización; por su meritocracia, educación y funcionariado; por su moralidad, leyes y principios éticos del confucianismo; por una ciencia atrasada; por una cortesía y ceremoniosidad excesivas; y por su aislamiento geográfico y sinocentrismo (Martínez-Robles, “Participación” 153–55). En cuanto a sus habitantes, son descritos de una manera animalizada como avariciosos al tiempo que trabajadores, obedientes y sumisos. Como veremos, la obra de Garrido comparte algunas de estas representaciones, pero no todas. Parte de su singularidad estriba, precisamente, en dicha selección orientada a sus propósitos. En la época de Garrido circulan también en España crónicas más recientes de misioneros y diplomáticos, como por ejemplo *Impresiones de un viaje á la China*, de Adolfo Mentaberry (1876), o *Viage a China con algunas observaciones útiles y provechosas para los que vayan a aquel imperio*, de

6. Destaca también *La Chine et les puissances chrétiennes* de Sinibaldo de Mas (1861), que se publicó en francés, lo cual denota la probable ausencia de público con un interés específico por esta temática en España (Martínez-Robles, “Participación” 113; Torres-Pou 186).

7. Como indica David Martínez-Robles, a pesar de no haber residido en China, Álvarez Tejero “había mantenido en las Filipinas contacto directo con testimonios presenciales de la evolución del imperio chino” (“Participación” 150–51), concretamente con misioneros, viajeros y chinos emigrantes. Se podría tratar de un caso similar, aunque de menor repercusión, al de Juan González de Mendoza, quien nunca estuvo en China pero cuya obra *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reyno de la China* de 1585 tuvo gran eco en Europa en los siglos XVI y XVII: fue “publicada [en Roma] en castellano y traducida a siete idiomas, . . . en diez años se hicieron treinta y seis ediciones” (Relinque 90). Esto indica la importancia de no desmerecer este modo indirecto de representación intercultural.

Raymundo Lozano y Megía (1879). Si bien se trata de obras con una distribución probablemente muy limitada (Torres-Pou 185–86), muy centradas en acontecimientos puntuales y sin una mirada general sobre China (Martínez-Robles, “Participación” 150), también comparten algunas características con la obra de Garrido y ayudan a situarla dentro del panorama intelectual y literario español.

No obstante, para contextualizarla plenamente hay que destacar también su relación con otros grupos de obras de su tiempo. Por ejemplo, sin pertenecer *stricto sensu* al género de la literatura de viajes, la obra de Garrido encaja en las coordenadas que Gayle R. Nunley (17) delinea para las crónicas de autores como Ramón de Mesonero Romanos, Pedro Antonio de Alarcón o José Alcalá Galiano: comparte un interés (implícito) de base por la europeización y la modernización, denota una conciencia dolorosa de la decadencia colonial del imperialismo español y reconsidera prácticas y presunciones literarias tradicionales mediante un cuestionamiento de los límites de la representación. De hecho, como veremos, juega con dichos límites de una manera elocuente. Asimismo, *Viajes* fue coetánea de obras del género de aventuras y de ambientación exótica, al margen del canon realista y naturalista de la época, con claros ecos de Joseph Conrad o Emilio Salgari: *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*, de José Álvarez Pérez (1873); *Los hijos del desierto: recuerdos de un viaje por la América del Norte*, de Esteban Hernández y Fernández (1876); *Una empresa misteriosa en el Mar de las Antillas*, de José Moreno de Fuentes (1881) o, algo más tarde, *El anacronópete y Viaje a China*, de Enrique Gaspar (1886). Y, desde un punto de vista formal, Garrido comparte con autores como Robert Robert, Joaquim Maria Bartrina o Romualdo Lafuente la mezcla de géneros para propulsar la intencionalidad política de sus obras. Si, como indica Cecilio Alonso, las libertades del Sexenio produjeron “una rudimentaria literatura militante de difícil inventario por su carácter efímero disperso”, *Viajes* muestra cómo, además del verso o el teatro como “instrumentos concretos de comunicación” (525), la ideología política se canalizó también mediante otros experimentos formales; en este caso, sirviéndose de “China” como referente y punto de apoyo. Observamos, pues, que *Viajes* es una obra inscrita en la literatura y las preocupaciones de su tiempo y demuestra la importancia que el exotismo y la alteridad tuvieron en el siglo XIX en la configuración de los discursos críticos ante la modernidad (Litvak, *Sendero* 16).

Garrido y los Viajes del chino Dagar-Li-Kao

A pesar de su importancia en el mundo político e intelectual de su época y, especialmente, en el nacimiento del socialismo en España, en el que destacó como quizás la figura más relevante después de Francisco Pi i Margall, Garrido ha recibido relativamente poca atención por parte no solo de los historiadores (Maluquer 7), sino del mundo académico en general. Nacido en Cartagena en el seno de una familia liberal e ilustrada, fue un personaje inquieto del siglo XIX y “podría ser considerado como una figura a medio camino entre el ‘conspirador romántico’ y el agitador burgués” (Peyrou y Pérez Ledesma ix). En su obra ensayística y periodística destaca la preocupación por problemas sociales abordados desde varias ópticas —política, económica y también literaria—, algo que nos sugiere que su figura poliédrica merece también una atención más allá de su estricta significación política. De hecho, es significativo que Garrido se dedicara a la pintura y la litografía a lo largo de toda su vida, con cierta fama como pintor de cuadros costumbristas y de paisajes, talento que le permitió ganarse la vida en el exilio y en momentos de escasez (Maluquer 11–12 y 31; Peyrou y Pérez Ledesma xii); que se dedicara a la poesía y al teatro con cierto éxito de público (Peyrou y Pérez Ledesma xxx); o que desempeñara un notable papel como cronista de guerra bajo el seudónimo de Evaristo Ventosa (Alonso 225 y 459).⁸ A lo largo de su inquieta trayectoria, Garrido estuvo involucrado en múltiples publicaciones, organizaciones y proyectos que evidencian su plena integración en el mundo político e intelectual del siglo XIX en España y en Europa.⁹ Destacó especialmente como difusor en su país de las teorías sociales de Saint-Simon, Pierre-Joseph Proudhon, Louis Blanc o Charles Fourier. Si para Garrido “la historia era, ante todo, un poderoso instrumento de propaganda: una ‘fuente inagotable de argumentos’ en los que fundamentar sus principios democráticos desde un punto de vista historicista” (Peyrou y Pérez Ledesma xciii), la

8. De hecho, sus *Obras escogidas* (1859–1860), editadas por él mismo y publicadas con un prólogo de Pi i Margall, incluyen poesías, artículos periodísticos, una obra de teatro y una biografía de Sixto Cámara. Para una lista completa de la obra de Garrido, véase Peyrou y Pérez Ledesma cix–cxiii.

9. La conexión europea de Garrido se demuestra también en obras como *La España contemporánea, sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, publicada originalmente en francés en 1862, traducida al alemán en 1863 y luego al polaco y al ruso (Peyrou y Pérez Ledesma cii). En 1865–1867 fue publicada en español en una versión notablemente ampliada. También algunos de sus discursos fueron reproducidos en diarios extranjeros (xliii).

literatura sin duda representaba una herramienta más para dicha difusión ideológica y su principal objetivo: “la conciliación de la libertad y la igualdad a través del establecimiento de una sociedad justa y armónica integrada por ciudadanos, en la que desaparecerían todos los factores de división social” (liii–liv).

Fruto de su implicación política y del caos institucional del momento, Garrido tuvo un recorrido biográfico agitado. Tras su traslado a Madrid en 1845, Jorge Maluquer contabiliza que estuvo involucrado en dieciocho procesos judiciales, fue encarcelado seis veces (una de ellas por más de quince meses) y pasó un total de dieciocho años en el exilio (12). Su vida fue itinerante. Entre 1851 y 1853 residió en Londres, donde conoció a Giuseppe Mazzini y estableció contactos que, a inicios de los años 1860, amplió en París, donde se instaló y frecuentó sociedades secretas y los círculos de seguidores de Fourier y Proudhon y contactó con Mijaíl Bakunin. En 1873, durante la Primera República (1873–1874), Garrido aceptó el cargo de intendente general de Hacienda de las Islas Filipinas, aunque a finales del mismo año fue llamado a España por el gobierno y no pasó en Asia más de unos pocos meses.¹⁰ Esta breve estancia es relevante, ya que lo estimuló a escribir una obra como *Viajes del chino Dagar-Li-Kao*.

La novela de Garrido se caracteriza por mostrar una imagen idealizada, parcial y contradictoria de China que responde a algunos de los tópicos que, como hemos visto, predominaban en la época y que juega —invirtiéndola— con la “absolute and systematic difference between the West, which is rational, developed, humane, superior, and the Orient, which is aberrant, undeveloped, inferior” (Said, *Orientalism* 300). A lo largo de toda la obra, en especial en la primera mitad, el personaje de Dagar-Li-Kao despliega constantemente las virtudes de China en tanto que país de cultura refinada, moral intachable, gran tradición, sistema político estable y eficiencia militar. Naturalmente, dicha imagen no es más que una idealización simplista, muy alejada de las turbulencias políticas, sociales y culturales de un imperio en plena decadencia como la China de la segunda mitad de la dinastía Qing, pero sirve para poner de manifiesto la decadencia española.¹¹ En la segunda

10. Teniendo en cuenta que la proclamación de la República fue el 11 de febrero de 1873, Peyrou y Pérez Ledesma calculan que su estancia fue de seis meses (xlvii).

11. La descripción de la China del imperio Qing queda fuera del alcance del presente artículo. No obstante, para apreciar el grado de idealización del país en la novela de Garrido, basta con contrastarla con estudios académicos clásicos, como el volumen 10 de *The Cambridge History of China*

mitad de la novela el peso narrativo recae progresivamente sobre Don José, anfitrión de Dagar-Li-Kao, y en la denuncia de la situación política, económica y social de la España del momento.

Estructuralmente, *Viajes* se divide en un prefacio del (supuesto) traductor, una introducción, veintitrés capítulos y un epílogo.¹² En el prefacio del traductor, el Ermitaño de las Peñuelas cuenta cómo, “después de rodar de Seca en Meca, creyendo haber perdido el tiempo empleado en aprender el chino” (6), Dagar-Li-Kao, célebre escritor chino, le ha pedido que traduzca su libro de viajes, indicando que está convencido de que el Ermitaño será capaz de “hacerlo pasar, más por original castizo de tu perspicuo caletre, que por chinesca traducción” (7). Intervenciones de este tipo hacen difícil creer que la obra pretendiera parecer creíble. Asumiendo que el lector es consciente del juego narrativo y comparte sus guiños, *Viajes* promete ya de buen principio una serie de reflexiones sobre la España del momento desde la perspectiva de un (falso) extranjero. Esta orientación y complicidad con el lector no precisan de una imagen novedosa de China; más bien al contrario, se sirven de elementos de un discurso predominante y compartido. La introducción refuerza el juego irónico y la ficcionalización de la veracidad del prefacio: “Quédese el mentir, el contar patrañas, para los viajeros europeos, que explotan á sus crédulos compatriotas, hasta el punto de haber llegado á ser entre ellos proverbial la frase de ‘a luengas tierras mentiras luengas’” (15).¹³ Desde este engranaje irónico, el prefacio y la introducción permiten una relativización de conceptos como lo bárbaro con finalidades críticas. De “bárbaros” son tratados explícitamente los misioneros (18, 20), “sectarios de las religiones modernas” (24–25), siendo los jesuitas “más temibles que otros” (30).¹⁴ O, de modo más general:

editado por John K. Fairbank, o más recientes, como la magnífica introducción panorámica *China's Last Empire* de William T. Rowe.

12. En la versión original constan dos capítulos 9, que denominaremos 9a y 9b. Por este motivo el último capítulo consta como 22.

13. Posteriormente, otros guiños al lector reforzarán el juego irónico con observaciones o oposiciones que serían innecesarias. Por ejemplo: “el idioma chino . . . es tan revesado, que la mayor parte de los chinos no lo saben aunque lo hablan . . . en lo que no están más adelantados que los españoles, á quienes nos sucede otro tanto con el nuestro” (6). Es interesante también una extensa introducción al teatro chino (capítulo 17) que deshace el compromiso de verosimilitud: no tiene sentido una descripción así sobre el teatro chino en un texto para chinos.

14. Irónicamente, la imagen positiva de China en Europa que Garrido despliega en la obra procede, en gran parte, de las obras jesuitas que influyeron en los ilustrados franceses.

¿Y aún esos orgullosos europeos se atreverán a llamarse civilizados y á calificarnos de bárbaros? Sí; los españoles traen al extremo Oriente su civilización, que se resume en Cristo, el redentor de la humanidad, desnudo, ensangrentado y enclavado en una cruz, y como complemento y aderezo, la guitarra, la baraja y la navaja; los ingleses, la Biblia y el ópio, que no sé cual de ellos es veneno más embrutecedor y peligroso para cuerpos y almas; los rusos el látigo, y todos la conquista, la corrupcion y la esclavitud más ó ménos disfrazada. (33-34)

El viaje de Dagar-Li-Kao no se inicia en el capítulo 1. Los dos primeros capítulos se centran en su aprendizaje de la lengua castellana con los misioneros en China, especialmente Fray José. Dagar-Li-Kao “rabiaba por visitar los pueblos bárbaros” (34) y se aprovecha de la tarea de evangelización para aprender el idioma, bajo el pretexto de peregrinar a los santuarios europeos más famosos. Los misioneros quedan entusiasmados, ya que ello puede demostrar a los superiores la eficacia de su proselitismo y conseguirles fama (35) y recompensas (29).

Entre el capítulo 3 y el capítulo 9a se relata el viaje hacia Europa. El espacio del barco facilita el diálogo con pasajeros ingleses, el gobernador general de Filipinas y un general español. Aquí encontramos las primeras disquisiciones de Dagar-Li-Kao sobre la moda, el ejército o la teocracia que comparan la situación en China con Europa y España, de las que se desprende una indiscutible superioridad de los chinos (97).

Entre el capítulo 9b y el 18 Dagar-Li-Kao visita Cádiz. Allí descubre la situación caótica en que se encuentra España, principalmente mediante los desahogos de Don José, su anfitrión, a quien ha conocido en el barco, y se familiariza con las costumbres españolas. La crítica de Don José es siempre demoleadora y, desde esta nueva voz dominante, se mantiene la superioridad de los chinos (especialmente en el capítulo 16) y persiste la relativización de lo “bárbaro” y lo “civilizado” desde una polaridad radical (88, por ejemplo).

Entre los capítulos 19 y 22, Dagar-Li-Kao y Don José viajan a Jerez y el relato pierde costumbrismo y se torna más político: las visitas a bodegas y terratenientes son la excusa para denunciar aspectos derivados del comercio del vino, como la plutocracia y la injusticia social. En estos capítulos la anécdota antropológica observada por Dagar-Li-Kao deja paso al panfleto político pronunciado por Don José.¹⁵ En el capítulo 22 el escritor chino se

15. Es significativo, por ejemplo, que algunos elementos sobre Cádiz que aparecen descritos en esta parte de la novela se tomen como datos históricos en Peyrou y Pérez Ledesma (xiii n. 14, xv n. 17).

despide de su anfitrión y se dispone a viajar a Madrid. Durante el trayecto una cuadrilla de bandidos hace descarrilar el tren en Despeñaperros y el relato se interrumpe de manera abrupta.

En el epílogo retorna la voz directa del Ermitaño de las Peñuelas. Confiesa al lector el motivo de tal interrupción: su gato provocó accidentalmente que el manuscrito original se quemara y no puede seguir traduciendo. Decide que, mientras no le llegue una nueva copia de Dagar-Li-Kao que le permita reanudar su tarea, publicará la versión traducida hasta ese punto. La obra finaliza con la promesa de una continuación que incluirá los viajes de Dagar-Li-Kao a Madrid, Barcelona, París y Londres.¹⁶

“A pesar de las irrupciones de los bárbaros”

El personaje de Dagar-Li-Kao representa —describe y es representante de— una China idealizada que ha sabido mantener las virtudes que la Ilustración había visto en ella a pesar de las invasiones y los conflictos con las potencias occidentales.¹⁷ Este contraste, explícito e implícito, es continuo a lo largo de la novela e incide sobre determinados temas, especialmente en la secularidad. Si bien la imagen de una China secular puede ser más o menos acertada en contraste con la naturaleza específica de la relación entre religión y Estado en Europa, no responde con exactitud a la realidad histórica china, en la que los gobiernos imperiales siempre incorporaron funciones rituales y estructuras sociales precedentes de corrientes de pensamiento como el confucianismo o el budismo. No obstante, la imagen de la secularidad china quedó consolidada por los ilustrados franceses, quienes, en consonancia con su proyecto, admiraban a China por no tener religión de Estado. Esto encajaba en uno de los principales pilares del pensamiento de Garrido: el anticlericalismo (Peyrou y Pérez Ledesma lxxxviii–xcii), que en los años del Sexenio y al filo del fin de siglo se conjugó en España con la denuncia social y propició el desarrollo literario de una dimensión anticlerical, especialmente de la sátira (Alonso 100–04 y 584).

En *Viajes*, la presunta secularidad china queda recalcada de diversas

16. Esto induce a la confusión, y así en muchos catálogos y referencias aparece como una obra en dos volúmenes.

17. Es interesante el contraste con la opinión de Peyrou y Pérez Ledesma sobre Garrido: “no fue de ninguna manera un visionario dedicado a la descripción de sociedades idealizadas en tierras lejanas” (ix). Si bien, pues, Garrido fue un pensador realista en cuanto a la situación de España y sus propuestas de futuro, sí se sirvió de idealizaciones para construir su discurso.

formas. En primer lugar, por medio de una ridiculización del proyecto misional en China. En los dos capítulos iniciales, los primeros contactos de Dagar-Li-Kao con el mundo europeo y los misioneros católicos en China constituyen un umbral cómico que la ironía de la voz narrativa convierte en una crítica mordaz. El proceso de aprendizaje lingüístico de Dagar-Li-Kao sirve para ridiculizar tanto el catolicismo (“Rezaba con él unas oraciones llamadas letanías . . . Es un entretenimiento monótono y que da sueño, porque se reduce á la repetición constante de las mismas palabras, dichas maquinalmente y en latín, que yo no entendía [sic], ni creo que entendiera mucho Fray José” [18–19]) como a sus evangelizadores: Fray José se nos describe como un exnegrero metido a fraile que “tenía una docena de hijos, de media docena de chinas, porque buen propagador, no sólo iluminaba las lamas con la luz de la nueva religión que predicaba, sino que *blanqueaba la raza amarilla*” (31, énfasis del original). El aprendizaje también permite formular preguntas comprometidas en lo abstracto (19–20) y denunciar el *modus vivendi* en lo pragmático de los misioneros, quienes tienen el engaño como práctica habitual para recaudar fondos (27). La mordacidad de la apertura culmina en una visita de frailes italianos y españoles que, tras una suculenta merienda amenizada con bailes y juegos de cartas, finaliza en una borrachera colectiva y una pelea a navajazos entre misioneros (31–34). La valoración positiva de China radica en la capacidad crítica del protagonista, a veces simplemente derivada del relato de su testimonio, que desnaturaliza aun más el *tableau* y realza el foco de la sátira.

En segundo lugar, la admiración por la secularidad de China se fundamenta también en la imagen de una sociedad culta, racional y emancipada intelectualmente, lo cual, para Garrido, constituía una de las principales condiciones para la democracia y la libertad (Peyrou y Pérez Ledesma lviii), en consonancia con la voluntad regeneradora compartida por múltiples corrientes intelectuales de la España del momento: “Afrancesados o constitucionales, liberales progresistas, demócratas o socialistas . . . tenían en común una voluntad regeneradora del cuerpo social frente a la inercia conservadora del carlismo apoyado en la mentalidad religiosa tradicional” (Alonso 16). Destaca el capítulo 15, “Discusión que sobre las religiones sostuvimos de sobremesa D. José y yo con la familia de éste, resultando de ella el triunfo de la moral humana sobre los dogmas revelados de las religiones antiguas y modernas” (149), que parte de un debate en el cual Dagar-Li-Kao despliega la descripción de una China secular e ilustrada como contraste con la situación en España:

Lo que hay es, que la sociedad china no está fundada sobre ninguna base religiosa, ni mucho menos teocrática o sacerdotal.

La moral en que se fundan las leyes, ó sea la del Estado, es la del gran filósofo y legislador chino Confucio, y es esencialmente humana, en lugar de ser revelada, contranatural ó religiosa, cual la de todas las naciones occidentales. Allí, el Estado no paga, sostiene, ni protege religion [sic] ni culto alguno, y es consecuencia, ó causa de esto, si se quiere, que las familias instruidas, las personas respetables, que dirigen y gobiernan la sociedad china, sigan las máximas morales del gran filósofo nacional, quedando los misterios religiosos, los dogmas revelados y sus prácticas, más ó ménos supersticiosas, á las gentes iletradas y miserables, predispuestas por su grosería é ignorancia á creer todo género de revelaciones, por absurdas que sean. Así, pues, el fetichismo, el fanatismo y la supersticion, reemplazan en la desgraciada plebe á la filosofía moral, que la razon admite, porque la comprende y se explica. (151-52)

En el capítulo 16, titulado “Perorata que encajó á la amable familia de D. José, sobre las religiones, histórica y filosóficamente consideradas, resultando de ella, la demostracion de la superioridad de los chinos con relacion á las otras naciones y razas humanas” (157), Dagar-Li-Kao puntualiza que la secularidad no solo es un puntal del engranaje social, sino que —a diferencia de la religión, que ejerce de freno— es esencial para el progreso (159).

La imagen presentada es precisamente positiva en tanto que país de progreso en estos términos. A diferencia de la concepción de China como país estanco propuesta por Herder o Hegel (Goebel; Martínez-Robles, “Western” 10), Garrido la presenta como ideal del progreso gracias a su “evolucion racional” (159). Según Dagar-Li-Kao, China lleva la delantera en “transformacion moral” y es esta evolución moral la que ha sostenido su unidad como imperio tras “más de 4.000 años” (160). Paradójicamente, la refutación del estancamiento de China se basa en el éxito de su inmovilismo político. A pesar de que, naturalmente, tanto el progreso moral como el inmovilismo político son grandes simplificaciones idealizadas, lo interesante es que Garrido no los ve como contradictorios sino que los defiende desde la conciencia del posicionamiento en interpretación intercultural:

Pero dicen en Europa, que si la China no se usa ni se gasta, en cambio no se mueve, que permanece estacionaria, inmóvil, mientras Europa adelante:

¡error grave! Sucede á los europeos con la China, lo que á los que miran las estrellas sin telescopio, que cuanto más lejos están, más inmóviles les parecen por deprisa que anden. (161)

Garrido explicita algunos de los argumentos sinófbos y achaca dicha visión a la lejanía y a una supuesta inconmensurabilidad lingüística (“La China estuvo hasta ahora tan lejos para los europeos, y su idioma es á estos tan difícil de aprender, que no han podido darse cuenta de la importancia de su movimiento ascendente” [161]) que, en principio, la traducción del Ermitaño de las Peñuelas desmentiría; aunque, si atendemos a la exhibición irónica a lo largo de todo el relato, la obra de Garrido no hace más que reforzar dicha inconmensurabilidad a pesar de todo.

Otro aspecto de China que en la novela se valora en forma positiva es su eficiencia, especialmente en lo militar, que contrasta con lo que deriva del militarismo: desde una idea de barbarie en general hasta el comercio del opio en particular. Esta imagen de China se construye en *Viajes* de diversas formas. En primer lugar, enfatizando una proporción eficiente entre población y ejército que, significativamente, se basa en datos muy factuales y siempre contrastivos:

Ustedes saben, señores, dije yo, que el Imperio Chino tiene una población de cuatrocientos cuarenta millones de habitantes que, y sea dicho entre paréntesis, son la tercera parte del género humano; pero acaso ignoran que su ejército no llega á 400.000 soldados, mientras España sostiene 160.000 hombres armados, para una población de ménos de 17.000.000 de súbditos. La diferencia del estado social entre la China y España, á este respecto, está en la que media entre un soldado para cada 1.100 habitantes en el Celeste Imperio, y uno para cada 104 en España. (93-94)

Incluso en intervenciones que inicialmente no son contrastivas (97-98) la réplica se esmera en explicitar el contraste: “Así es, dijo D. José, que teniendo en cuenta nuestras reservas, milicias provinciales, guardia civil y carabineros, el ejército chino es poco más numeroso que el español” (98).

Según Peyrou y Pérez Ledesma (xlili), el interés en el detalle es un rasgo característico en toda la obra de Garrido.¹⁸ Y, de hecho, como indica Lily

18. Aunque indican que en alguna obra Garrido “no se molestó en contrastar con detalle la información estadística” y que cabe tener en cuenta la “limitada fiabilidad de muchos datos, como consecuencia del aún escaso desarrollo de los organismos dedicados a recolectarlos” (cvii).

Litvak, esta manera detallada de ver el mundo era también habitual en la literatura (de viajes) de la época: “observar, para luego documentar, registrar, señalar” (*Sendero* 14) y se podría relacionar con el desarrollo del cientifismo. Ahora bien, esta visión detallada del ejército chino se revela muy poco plausible. Por una parte, porque contrasta con los múltiples análisis que han demostrado los graves problemas militares y la vulnerabilidad del imperio Qīng (Julia Lovell, por ejemplo), que ya eran conocidos en la época en que escribía Garrido (Spence 67). Por otra parte porque, significativamente, en las páginas de *Viajes* la eficiencia del ejército chino queda en entredicho en denuncias como la destrucción y el saqueo del Palacio de Verano de Pekín por parte del ejército británico y francés en 1860, como consecuencia de la Segunda Guerra del Opio (1856–1860) o, incluso, en la acusación a los ingleses por el propio comercio del opio, conflictos que muestran la auténtica vulnerabilidad militar china, bien conocida en Europa y que, de hecho, da pie en la novela para una relativización de la idea de bárbaro:

Sin duda, le repliqué, la civilización y la cultura son patrimonio de los ingleses, y se conoce en que venden el opio embriagador á la plebe china, haciendo la guerra al gobierno, cuando éste prohíbe con severas penas el uso de tal veneno. ¿Quién es el bárbaro, señores? ¿El gobierno chino, que prohíbe la importacion en su pais de un brevaie envenenador y mortífero, ó el inglés, que le obliga á cañonazos á que le dejen, para satisfacer su avaricia, emponzoñar con él á los chinos? (88–89)

En estas discordancias en la calibración del ejército chino se percibe el utilitarismo de la imagen de China para la crítica de la situación en España. Asimismo, si bien estas reflexiones sobre lo militar conducen, como hemos visto, a una relativización (o universalización) de la idea de barbarie, en *Viajes* derivan en una denuncia sobre el coste económico de estas operaciones:

¿Y saben ustedes cuánto cuestan estas fuerzas militares de mar y tierra á los 290 millones de europeos? ¡7.300.000.000 de pesetas cada año! Multiplícad esta enorme suma por diez años y llegará á 73.000.000.000. Pues agregad ahora que si los cinco millones de hombres armados cuestan suma tan espantosa, dejan de producir otra igual en campos y talleres, y vereis que sólo en diez años el bárbaro estado de vuestra sociedad, engendrador

de ese militarismo, cuesta entre gastado de más y producido de ménos, cerca de 150.000.000.000 de pesetas. (90–91)

En contraste con *Sombras chinescas* y el testimonio crítico y reflexivo de Luis Valera ante la violencia del colonialismo en el Pekín de 1900 y “con la conciencia de la arrogancia de la civilización occidental y de su desprecio hacia la otredad” (Torres-Pou 63), el discurso que construye Garrido denota una actitud más populista: la crítica al imperialismo se revela más bien un ataque a la oportunidad perdida por España debido a la incompetencia y dejadez de sus políticos, que “miran con tanta indiferencia sus relaciones con el vasto imperio chino y con el Japon” (220). En pleno declive colonial, el objetivo de Garrido no es criticar la raíz del dominio imperialista, sino lamentar la pérdida de significación española. El uso de la imagen de China revela en este aspecto las ironías del recurso de la alteridad tanto en la novela como en el contexto español: el papel de China como víctima se inscribe en el seno de la preocupación nacionalista compartida por la mayoría de demócratas y republicanos en la España decimonónica, que terminará derivando en actitudes “abiertamente racistas y militaristas a la altura de 1898” (Peyrou y Pérez Ledesma lxxxviii). No es de extrañar, pues, que en la segunda mitad de la novela China emerja también como mercado potencial para solventar la crisis del comercio del vino de Jerez (219). Dagar-Li-Kao se extiende en analizar para sus “lectores chinos” cómo Inglaterra es culpable de imponer aranceles al vino español (193–95) para preservar “la embrutecedora y linfática cerveza de su país” (195). El “pacto” de amistad entre Dagar-Li-Kao y sus anfitriones españoles se cierra, significativamente, con el compromiso de “reemplazar en su tierra el ópio con el mosto jerezano”, algo que, según el protagonista, equivaldría a “reemplazar las tinieblas británicas por la luz ibérica” (226).

Quizás la manera de condensar la imagen positiva de China en la novela, y que en cierto modo engloba lo apuntado hasta ahora, es la idea de autenticidad que *Viajes* contrapone a la decadencia de España. Si el concepto de autenticidad en Europa nace con el desarrollo de la modernidad (Trilling), la crítica en la obra de Garrido es una posición propia de la intelectualidad de su tiempo. Así, si bien en ningún momento se utiliza el término “auténtico” de modo explícito, en las intervenciones del protagonista China se muestra siempre como un país que encarna este concepto. Alejado de la hipocresía (“vicio característico en Europa de esas clases, llamadas gobernantes, es allí desconocida” [152]), su moral clara y veraz constituye la clave de

un engranaje social indiscutible. La autenticidad china no solo se basa en la secularidad y en el contraste con la falsedad inherente al proyecto misional. También radica en la capacidad para detectar los peligros de la moda como plaga social en Europa y España. El capítulo 4, titulado “La moda, plaga social, que aflige á los países bárbaros de Europa”, es prácticamente un ensayo en el que el protagonista describe a los europeos y “las formas, adornos y colores de los trajes que acostumbran a llevar, y que varían en cada estación y cada año, y algunas veces dos, tres ó más, que el gusto se modifica en la misma temporada” (49), algo que considera absurdo y ridículo: “Estaban horrorosas e incómodas; no podían sentarse; pero en aquello consistía la moda; y todo el mundo se riera de la que tuviese el buen sentido de vestirse sin aquel engorroso embeleco, que llamaban pollera ó miriñaque” (50). Dagar-Li-Kao sostiene que la moda es un ejemplo de la falta de conciencia crítica en Europa y, de nuevo, lo que termina aflorando en el relato son sus consecuencias en la desigualdad social (51) y económica (49–50).

Pérdida de voz, fin del relato

En la imagen positiva de China que predomina en la primera mitad de la novela yace implícitamente una cierta intención crítica. La voz de Dagar-Li-Kao invita a pensar que existe una capacidad de observación racional que, en comparación con la situación española, destaca positivamente. No obstante, la evolución formal en la segunda mitad de la novela diluye dicha intencionalidad hipotética, y este giro en la narrativa tiene importantes consecuencias. Con el paso de los capítulos, la figura de Dagar-Li-Kao va perdiendo significación y la crítica a la situación española deja de ser por contraste con una China idealizada y pasa a ser meramente por denuncia de lo que está sucediendo en España. Si en la primera mitad de la obra predomina una narración en primera persona irónica, en ocasiones mordaz, o un diálogo socrático, en la segunda mitad se impone la voz de Don José, que va denunciando aspectos de la realidad española. En algunos momentos, como por ejemplo en el capítulo 14, ya es Don José quien monopoliza la voz narrativa con largas disquisiciones (143–45). La voz de Dagar-Li-Kao aparece solo para dar un nuevo impulso a la arenga: “¿Y por qué el Estado paga el culto y el clero de una religion que cuenta tan escaso número de fieles sinceros?” (146). Don José relaciona esto con una larga crítica al Estado (146–47). Una vez que el protagonista chino ha perdido la voz, los temas se van alejando del

costumbrismo y se centran en los pronunciamientos políticos, las desigualdades sociales, las problemáticas entre oferta y demanda comercial y la relación entre España e Inglaterra.

Así, la rotura del compromiso de verosimilitud y el engranaje irónico no dejan espacio para una verdadera articulación de esta voz del Otro que, además, se va atenuando con el transcurso de los capítulos y queda finalmente sustituida por la voz española. A punto tal que la pérdida de voz del protagonista conlleva, al fin, la pérdida del relato en el abrupto final, en lo que constituye el colofón de la interrelación entre los aspectos formales y el discurso subyacente en la obra. Si bien el final truncado —justificado por el accidente con el original provocado por el gato del Ermitaño de las Peñuelas— se podría deber a un tipo de escritura frenética y apresurada, característica de la profesionalización de Garrido, el punto y final tan repentino se debe entender como el fruto de una progresión formal muy marcada, en la que la sinofilia que predomina en la primera mitad de la novela termina adoptando mecanismos similares a los de las representaciones más sinofóbicas que niegan la voz del Otro. Esta basculación en *Viajes* cuestiona la polarización entre sinofilia y sinofobia y muestra la interdependencia entre ambas, siempre insertas en la misma economía de representación de la alteridad. La voz de Dagar-Li-Kao se convierte en la voz de Don José porque, en el fondo, son la misma persona.

Nunley ya ha mostrado cómo en la literatura de viajes del siglo XIX se rompe el pacto referencial transparente que tradicionalmente había caracterizado las crónicas de viaje, basadas en la asunción de una transcripción directa y esmerada de las experiencias del viajero (18). El caso de Garrido y *Viajes* es especialmente representativo de esta tendencia, ya que la rotura del pacto no solo es radical sino exuberante: el lector es consciente del juego irónico inscrito como parte de la política interna de la época, y el texto, mediante su estructura y constantes guiños, se encarga de recordárselo con frecuencia. La rotura del pacto referencial transparente es tal que incluso el viaje ha pasado a ser prescindible. Es en este contexto donde debemos preguntarnos por la razón de ser de la imagen de China. Este juego irónico no sería posible sin un referente suficientemente ambiguo como la imagen del país asiático en la España del momento. Es entonces la (in)significancia de la imagen de China lo que hace que la pérdida de la voz narrativa y la pérdida última del relato no tengan ningún tipo de relevancia. O, dicho de otro modo, como concluye Hayot: “It matters that the mandarin is Chinese, because his being Chinese means that his being Chinese doesn’t matter” (35).

Conclusión

En el prólogo a la traducción española de *Orientalism*, Edward Said afirma que España “es una notable excepción en el contexto del modelo general europeo cuyas líneas se describen en *Orientalismo*” (9). De manera pertinente, Torres-Pou ha demostrado que esta excepcionalidad no es del todo exacta, ya que, aunque el discurso orientalista en España difiera ocasionalmente de las características que Said atribuye al orientalismo en Occidente, también en ese ámbito se ve de igual modo a Oriente como la alteridad que permite definir una Europa y una España superiores (205). El presente análisis muestra la singularidad de la obra de Garrido como síntesis de ambas ideas. Si bien es cierto que, como hemos visto, la representación de China que se construye en *Viajes del chino Dagar-Li-Kao por los países bárbaros de Europa, España, Francia, Inglaterra y otros* “dice más de España, de sus problemas, ambiciones, frustraciones, obsesiones, de su cultura y de su política, que no de Asia”, como pasa en las demás naciones occidentales (Torres-Pou 205), la obra de Garrido destaca porque su objetivo final no es definir la superioridad española, sino al contrario: criticar su decadencia y estado de crisis política y social, con lo que, en el fondo, valida en cierto modo la excepcionalidad señalada por Said. Si bien la utilización de China para criticar el contexto local era ya inherente a la fascinación sinófila de los ilustrados franceses y la perspectiva de un narrador externo como dispositivo propulsor de la crítica fue también un recurso frecuente en las letras europeas, la obra de Garrido muestra la singularidad del discurso sobre China en la España finisecular como consecuencia de su situación histórica, política, económica y social. Nos señala así que, a la hora de analizar temáticas como el orientalismo o las representaciones del Otro oriental, no es posible concebir a Occidente como sujeto único que comparte historicidad y temporalidades en múltiples localizaciones. El análisis de *Viajes* contribuye a pluralizar y problematizar la idea de Europa y Occidente en la configuración de las relaciones interculturales.

La pluralización evidenciada por *Viajes* no hace más que resaltar el trasfondo del discurso orientalista en relación con la alteridad. O precisarlo: más que una determinada exaltación de lo propio, el discurso orientalista genera una representación del Otro sin apenas trascendencia. Este artículo ha mostrado la maleabilidad de la imagen de China en la España de finales del siglo XIX. Analizada desde la combinación entre forma y contenido, *Viajes* se revela asentada sobre una imagen voluble de China al servicio de un marcado

interés local. La autenticidad de China se sostiene mediante un texto ficticio; se otorga voz a un protagonista chino que progresivamente la pierde; se promete una aproximación intercultural que solo responde a un plan etnocéntrico. Las inconsistencias de “China” a lo largo de las páginas hacen de *Viajes* una obra precisamente consistente con el contexto histórico en que se inscribe: es un significativo consolidado en tanto que compartido y reconocible, pero de significado inestable, modulable a la conveniencia del autor. Si la obra de Garrido sale momentáneamente del paradigma eurocéntrico como excepción singular a la tendencia sinofóbica dominante, es solo para volver a sumergirse en él de un modo más agudo. Así, aunque en un primer término la imagen y el uso de China en *Viajes* pueden sugerir que la concepción que propone Garrido se inscribe en un universo más sistémico, acorde con su proyecto socialista, su representación no es más que una manera de explorar los confines de lo propio, un patriótico desahogo que pone en cuestión la trascendencia del acercamiento al Otro.

Bibliografía

- Ai, Qing. “Nostalgia imperial: crónicas de viajeros españoles por China (1870–1910).” Tesis doctoral. U of Texas at Austin, 2013.
- Aja Fernández, Eliseo. *Democracia y socialismo en el siglo XIX español: el pensamiento político de Fernando Garrido*. Madrid: Edicusa, 1976.
- Alonso, Cecilio. *Hacia una literatura nacional 1800–1900*. Barcelona: Crítica, 2010.
- Andúgar Miñarro, Miguel. “El mito de la huelga general y el socialismo parlamentario de Fernando Garrido.” *Daimon: Revista de Filosofía* 42 (2007): 117–26.
- . “República, federación y socialismo en Fernando Garrido.” *Res Publica: Revista de Filosofía Política* 21 (2009): 209–18.
- Bayo, Manuel. *Referencias chinas en la literatura española contemporánea*. Taipei: Central Book, 1991.
- Beltrán Dengra, Joaquín. *El populismo en el republicanismo federal español hasta 1868 y especialmente en Fernando Garrido Tortosa*. Barcelona: s. ed., 2012.
- Blue, Gregory. “China and Western Social Thought in the Modern Period.” En *China and Historical Capitalism: Genealogies of Sinological Knowledge*. Ed. Timothy Brook y Gregory Blue. Cambridge, UK: Cambridge UP, 2002. 57–109.
- . “Gobineau on China: Race Theory, the ‘Yellow Peril,’ and the Critique of Modernity.” *Journal of World History* 10.1 (1999): 93–142.
- Borao Mateo, José Eugenio. *España y China 1927–1967*. Taipei: Central Book, 1994.
- Ching, Julia y Willard G. Oxtoby. *Moral Enlightenment: Leibniz and Wolff on China*. Nettetal, Alem.: Steyler, 1992.

- Dawson, Raymond. *The Chinese Chameleon: An Analysis of European Conceptions of Chinese Civilization*. New York: Oxford UP, 1967.
- Fairbank, John K., ed. *Late Ch'ing 1800–1911*. Cambridge, UK: Cambridge UP, 1978. Vol. 10 de *The Cambridge History of China*. 15 vols. 1978.
- Fort i Cogul, Eufemià. *Eduard Toda, tal com l'he conegut*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1975.
- García Parody, Manuel A. “Fernando Garrido Tortosa, diputado a Cortes por Cádiz y Sevilla en el sexenio democrático.” *Hespérides: Anuario de Investigaciones* 13–14 (2005–2006): 59–72.
- Garrido, Fernando. *Viajes del chino Dagar-Li-Kao por los países bárbaros de Europa, España, Francia, Inglaterra y otros*. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, 1880.
- Goebel, Rolf J. “China as an Embalmed Mummy: Herder's Orientalist Poetics.” *South Atlantic Review* 60.1 (1995): 111–29.
- Hayot, Eric. *The Hypothetical Mandarin: Sympathy, Modernity, and Chinese Pain*. Oxford, UK: Oxford UP, 2009.
- Hevia, James L. *English Lessons: The Pedagogy of Imperialism in Nineteenth-Century China*. Durham, NC: Duke UP, 2003.
- Homs i Guzmán, Antoni. *Sinibald de Mas*. Barcelona: Nou Art Thor, 1990.
- Hung, Ho-fung. “Orientalist Knowledge and Social Theories: China and the European Conceptions of East-West Differences from 1600 to 1900.” *Sociological Theory* 21.3 (2003): 254–80.
- Lionnet, Françoise y Shu-mei Shih, eds. *Minor Transnationalism*. Durham, NC: Duke UP, 2005.
- Litvak, Lily. *El sendero del tigre: exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880–1913*. Madrid: Taurus, 1986.
- . *Geografías mágicas: viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos, 1800–1913*. Barcelona: Laertes, 1984.
- Lovell, Julia. *The Opium War: Drugs, Dreams and the Making of China*. London: Picador, 2012.
- Mackerras, Colin. *Western Images of China*. Oxford: Oxford UP, 1989.
- Madrid, Francisco. “De la supuesta estancia de Fernando Garrido en Florencia.” *Spagna Contemporanea* 1 (1992): 49–60.
- Maluquer, Jorge, ed. Presentación. *La federación y el socialismo*. De Fernando Garrido. Barcelona: Labor, 1975. 7–42.
- Martin-Jones, David. *The Image of China in Western Social and Political Thought*. New York: Palgrave Macmillan, 2001.
- Martínez-Robles, David. “La participación española en el proceso de penetración occidental en China: 1840–1870.” Tesis doctoral. U Pompeu Fabra, 2007.
- . “The Western Representation of Modern China: Orientalism, Culturalism and Historiographical Criticism.” *Digithum* 10 (2008): 7–16.
- Nunley, Gayle R. *Scripted Geographies: Travel Writings by Nineteenth-Century Spanish Authors*. Lewisburg, PA: Bucknell UP, 2007.
- Ojeda, Mercedes. “Relaciones entre España y China entre 1927 y 1937.” *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 1 (1980): 218–19.

- Peyrou, Florencia y Manuel Pérez Ledesma, eds. Prólogo. *La España contemporánea: sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*. De Fernando Garrido. Pamplona: Urgoiti, 2009. vii–cxiii.
- Relinque, Alicia. “¿Perros o demonios? China en *Historia chinesca* de Forner.” *Studi Ispanici* 33 (2008): 89–102.
- Rowe, William T. *China's Last Empire: The Great Qing*. Cambridge, MA: Harvard UP, 2010.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage, 1979.
- . *Orientalismo*. Trad. María Luisa Fuentes. Barcelona: Debate, 2002.
- Sakai, Naoki. “The Dislocation of the West and the Status of the Humanities.” En *Specters of the West and the Politics of Translation*. Ed. Yukiko Hanawa y Naoki Sakai. Hong Kong: Hong Kong UP, 2001. 71–94.
- Spence, Jonathan D. *The Chan's Great Continent: China in Western Minds*. New York: Norton, 1999.
- Torres-Pou, Joan. *Asia en la España del siglo XIX: literatos, viajeros, intelectuales y diplomáticos ante Oriente*. Amsterdam: Rodopi, 2013.
- Trilling, Lionel. *Sincerity and Authenticity*. Cambridge, MA: Harvard UP, 2009.
- Zhang, Longxi. “The Myth of the Other: China in the Eyes of the West.” *Critical Inquiry* 15.1 (1988): 108–31.

Copyright of Hispanic Review is the property of University of Pennsylvania Press and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.